
VI

Podría demostrarse que tal aserción es manifiestamente inexacta, pues está en pugna con todas las cualidades naturales del hombre. Admitiendo que deba preferir ejecutar en las ciudades una tarea determinada, regulada por el funcionamiento de una máquina, mejor que trabajar en el campo libremente con sus brazos, la evolución económica lleva en sí misma una contradicción que es ab-

solamente imposible resolver. Se asegura que los obreros, una vez dueños de los medios de producción, gozarán de todas las ventajas y comodidades que son hoy día los privilegios de una clase. Serán bien vestidos, bien alimentados y bien alojados. Pasearán por calles cuidadosamente pavimentadas y alumbradas eléctricamente; irán al concierto, al teatro, leerán libros y diarios y correrán en automóvil.

Pero para que todos los hombres puedan usar determinados objetos, es necesario saber cómo tales objetos serán producidos, y cuántas horas de trabajo deberá cumplir cada obrero para ayudar á su producción. ¿Es posible evaluar ésto?

Bajo el régimen capitalista, las estadísticas permiten hasta cierto punto prever, teniendo en cuenta la con-

currencia y las necesidades, la índole y cantidad de los productos que se pedirán en los mercados. Pero no hay estadística capaz de dar indicaciones aproximadas acerca de la demanda y las necesidades de una sociedad en que todos los medios de producción serán comunes, es decir, en que todos los hombres serán libres.

Tan solo puede preverse que en semejante sociedad, la demanda excederá á la producción en proporciones colosales. Cada cual querrá poseer todo lo que poseen hoy los más ricos; imposible sería pues evaluar las enormes cantidades de manufacturas necesarias para dar satisfacción á esas necesidades insaciabiles y numerosísimas.

Además, ¿cómo se obtendrá que to-

dos participen en la fabricación de objetos que para unos serán preciosos, é inútiles y hasta dañinos para los otros?

Supongamos que baste pedir á cada individuo de la comunidad seis horas de trabajo durante el día, para asegurar la producción capaz de satisfacer las exigencias de la sociedad. Falta saber, cómo, bajo este régimen de libertad completa, se obligará á los hombres á dar esas seis horas de trabajo; si deben emplearlas en producir objetos que estimen inútiles ó nocivos.

Es incontestable que gran número de objetos muy diversos, muy perfeccionados, cuya producción proporciona á los industriales beneficios considerables, y á nosotros mismos una infinidad de comodidades y goces, se obtienen hoy gracias á los procedi-

mientos mecánicos y á la división del trabajo, sin gran gasto de fuerzas humanas.

Pero ni la importancia que nosotros les damos ni las ganancias que procuran á sus productores, ni la facilidad de su fabricación garantizan que en la sociedad futura, entre los hombres emancipados y libres de toda traba, se hallarán obreros que quieran proporcionar á nuestra tontería todos esos vanos accesorios.

Es incontestable que por una ingeniosa división del trabajo se fabrica muy bien y muy rápidamente en la casa Krupp soberbios cañones; en la casa N. sederías de maravillosos dibujos; en la casa S. perfumes delicados, tarjetas preciosas, polvos que mantienen el brillo de la piel; en casa P. superior aguardiente. Consumidores y productores se felicitan igual-

mente al ver estos admirables resultados del progreso industrial. Mas, para desear cañones, aguardiente ó polvos es preciso querer apoderarse de los mercados de China, ó ser borracho contumaz, ó dar gran valor á la suavidad de la piel; y hay hombres que siempre hallarán detestables los cañones, el aguardiente y los polvos.

Y para hablar más claro, precisa decir que hay hombres que reprobarán siempre, por la vanidad que implican y por los perniciosos efectos que producen, las exposiciones, las academias, el uso de la cerveza y el de la carne.

• ¿Cómo se obligará á tales hombres á fabricar cerveza, á matar y á destrozar animales? ¿Cómo obligarles á organizar exposiciones, á sentarse en las academias, si para tales tareas la sociedad reclama su concurso?

Hasta suponiendo que pueda someterse á todas las voluntades á las exigencias de las mayorías,—no hay ni habrá jamás para ésto otro medio que la obligación forzada,—¿quién se encargará en esta sociedad libre sobre la que no obrarán ni las fuerzas del capitalismo, ni las leyes de la concurrencia, de la oferta y de la demanda, de ordenar, según su importancia, los trabajos á que convendrá aplicar la masa de energías humanas?

¿Se pensará antes en la construcción de un ferrocarril en Siberia ó en la fortificación de Port-Arthur, que en el pavimento de las calles ó viceversa? ¿Se creará más útil la instalación del alumbrado eléctrico ó el riego de las tierras? Además se presenta una nueva cuestión que será bien difícil de resolver cuando los obreros

sean libres: ¿Cómo se repartirán entre los hombres, las diversas funciones sociales? Es evidente que preferirán todos la vida del sabio ó del artista á la del fogonero ó el minero. ¿Cómo se fijará el empleo de cada uno y se pondrán todos de acuerdo?

Ninguna estadística puede servirnos para contestar á estas preguntas. Sólo admiten soluciones teóricas, es decir, que serán resueltas por algunos hombres á quienes se dará el poder de hacer respetar sus decisiones. Mandarán, y todos los demás obedecerán.

Por fin, la hipótesis de la socialización de los medios de producción implica una última pregunta más importante que todas las que acabo de indicar: ¿En qué medida se observará la división del trabajo en un estado socialista? Hoy está garantizada por

las necesidades mismas de los obreros. El trabajador que consiente en pasar su vida en un subterráneo, en gastar sus fuerzas para fabricar solamente la centésima parte de un objeto cualquiera, á hacer de continuo un movimiento invariable, un esfuerzo penoso entre el ruido de la máquina, lo hace obligado por la necesidad, para procurarse medios de existencia; de no ser así, no aceptaría tan terribles condiciones de trabajo. Pero el que se verá al abrigo de la necesidad porque posea los medios de producción, rehusará, hasta que se le obligue á ello, respetar las consecuencias de la división del trabajo y someterse á tareas embrutecedoras que matarán en él las aspiraciones del alma. No hay duda que la división del trabajo es muy ventajosa y hasta natural para los hombres; pero los que sean

libres no la llevarán nunca más allá de ciertos límites asaz restringidos, que nuestra sociedad ha rebasado ya hace mucho tiempo.

Sucede por ejemplo que un campesino hace de la fabricación de calzado su tarea ordinaria, mientras su mujer teje cáñamo ó lana, uno de sus vecinos labra los campos y otra forja hierro. Todos ellos adquieren gran habilidad cada cual en el oficio que han escogido y cambian entre ellos los productos de sus industrias. Es también incontestable que esta organización sirve igualmente los intereses de cada cooperador. En tal medida, los hombres libres aceptarán la división del trabajo.

Pero no hay ningún interés serio que exija que los obreros se ciñan á la fabricación ridículamente minuciosa de una ínfima parte de un objeto

cualquiera; que se condenen para activar la marcha de las máquinas, á sofocarse en una temperatura de 50°, á morir quizás asfixiados por gases irrespirables. Es comprar demasiado caro por el sacrificio de vidas humanas la producción de objetos cuya utilidad es por lo menos discutible. Así se comprende que la obligación forzosa, es la primera condición de la división del trabajo, tal como existe hoy día. Rodbertus dice que la división del trabajo acerca á los hombres y los une con un lazo de solidaridad. Esto es exacto, si algunos hombres libres se han repartido una obra importante por su propia voluntad. Supongamos que estos hombres hayan decidido abrir un camino: Uno cavará, otro transportará los guijarros, otro los desmenuzará, etc... y se podrá decir con razón que estos hom-

bres están unidos por la división del trabajo. Pero si contra la voluntad de estos obreros y hasta contra su deseo, se proyecta construir una vía estratégica, una torre Eiffel, ó cualquiera de esos absurdos de que está llena la Exposición de París, si se obliga para tal fin á un obrero á que extraiga mineral de hierro, á otro que lleve carbón á los altos hornos, á otro que funda el mineral, á un cuarto á que corte árboles, á un quinto á que desbaste los troncos cortados, sin que unos ni otros tengan la menor noción del objeto que sus esfuerzos concurren á realizar, la división del trabajo aislará á cada uno de estos cooperadores de la obra final en vez de acercarlos. Puede decirse, pues, que después de la socialización de los medios de producción, los hombres, libres por fin de toda vio-

lencia, volverán á poner la división del trabajo en los justos límites dentro de los cuales los buenos resultados de tal método pueden compensar los inconvenientes.

Como todos los hombres aspiran á ensanchar el campo de su actividad, es evidente que, en una sociedad libre, no querrán ceñirse como hoy día á un trabajo monotonó y que no requiere inteligencia.

Pero el menor cambio en la división actual del trabajo, puede comprometer grandemente la producción de los múltiples objetos que sirven hoy para los goces de la clase rica, y que según los teóricos, la implantación del régimen socialista pondría al alcance de todos los ciudadanos.

Después de la emancipación de los obreros, disminuirá y hasta desaparecerá la producción de todos esos

objetos que no pueden obtenerse sino mediante una violenta sujeción de la clase obrera. Así ocurrió que al abolir la servidumbre, desaparecieron las orquestas, los parques, los tapices, las blondas y los teatros que llenaban de orgullo á los señores. Los aldeanos no se veían ya obligados á satisfacer los caprichos de sus amos.

Creo haber demostrado suficientemente que los socialistas nos hacen promesas contradictorias, cuando aseguran que después de socializar los medios de producción todos los hombres serán libres, y que todos disfrutarán de los goces que en nuestra sociedad son, hoy por hoy, privilegio de la clase rica.

VII

Vemos que se reproduce lo que ocurrió ya durante los últimos años del régimen señorial. Todos los propietarios de fincas rústicas y en general todos los hombres de la clase rica, reconocían que la situación de los siervos dejaba que desear; pero no proponían para mejorarla sino medidas que no comprometieran seriamente sus rentas. Hoy los privilegiados piensan también que la situación de los